

HOMILÍAS DOMINICALES

TIEMPO DE CUARESMA

CICLO A

Miércoles de Ceniza

“Tú, en cambio, [...] perfúmate la cabeza”

Jesús pide que nos perfumemos la cabeza. Quizá no lo sepamos, pero el día de nuestro Bautismo se nos perfumó la cabeza. Tras ser bautizados se nos ungió la coronilla con el Santo Crisma. Este es uno de los tres óleos que utiliza la Iglesia. A diferencia de los otros dos, este se confecciona mezclando aceite y perfume. Por eso si olemos a un recién bautizado percibiremos el agradable olor a perfume en su cabeza.

En el camino que hemos recorrido con posterioridad se ha perdido ese olor como producto de nuestros pecados. La suciedad que ha opacado el aroma del crisma se simboliza en las cenizas que recibiremos en unos momentos.

La Cuaresma surgió en la Iglesia como el tiempo de preparación de quienes querían ser bautizados, pues antiguamente sólo se administraba este sacramento en la Vigilia Pascual. Los ya bautizados se empezaron a unir a los catecúmenos, con el objeto de renovar su propio Bautismo en la Noche Santa.

Por esta índole de preparación a la renovación Bautismal que tiene el tiempo que hoy iniciamos, el Evangelio que hemos escuchado resulta una invitación para que en esta Cuaresma limpiemos esa suciedad y podamos volver a oler como recién bautizados en Pascua.

Desde luego, no se trata del olor físico percibible por el olfato. Se trata de un aroma espiritual, del buen olor de Cristo del que habla san Pablo (2 Cor 2, 15), que simboliza el crisma.

¿Cómo quitarnos esa suciedad que empaña el aroma? Lo escuchamos en la segunda lectura: reconciliándonos con Dios. Haciendo una buena confesión en la que le pidamos con el salmo que nos lave de nuestros delitos y nos purifique de nuestros pecados, quedará nuestra alma limpia del tizne.

Quitaremos así la suciedad, pero ¿qué hacer para oler a Cristo? Estando cerca de él. Todos nos hemos dado cuenta que, tras estar con una persona, quedamos impregnados por su olor. Acerquémonos a Jesús esta Cuaresma. Oremos más, que es una de las invitaciones del Evangelio de hoy. Comulguemos, para quedar bañados del perfume de Jesucristo.

Otra forma de estar junto a Cristo es acercarnos a los necesitados. Jesús está sustancial y permanentemente en la Eucaristía. Pero también en el que sufre, como él mismo nos lo dijo: cuando hiciste una buena obra con un hermano, la hacemos con él (Mt 25, 40). También a ello nos invita el Evangelio de hoy, hablando de la limosna. Una limosna que no necesariamente es dinero. Puede ser dar nuestro tiempo, nuestro alimento, nuestra bebida o nuestro consejo a quien requiere de ello.

San Pablo habla en otra de sus cartas del aroma. Dice que Cristo se entregó como víctima de suave olor (Ef 5,4). Aquí encontramos otra forma de obtener el olor de Cristo: entregándonos como víctimas. Es probable que no nos toque ser víctimas en el martirio. Pero podemos ofrecer pequeñas muertes a nosotros mismos, penitencias y mortificaciones cada día. Tanto el Evangelio como la primera lectura nos invitaron al ayuno, a privarnos del alimento como signo de que morimos ofreciéndonos a Dios, que somos víctimas de suave olor.

Los miembros de una familia no reconocen el olor de su propia casa, porque huelen a eso. Por eso podemos suponer que Jesús olía a María y María a Jesús. A ella, a nuestra madre, le pedimos que interceda por nosotros para que en esta Cuaresma volvamos a oler a su Hijo, como tras nuestro Bautismo.

I domingo de Cuaresma

“Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto”

Como Jesús nosotros hemos sido conducidos al desierto. La Cuaresma es un tiempo de desierto. Las flores desaparecen de las iglesias y el morado tiñe las vestimentas para hacer esto visible. Este es un tiempo en el que la Iglesia nos invita a vivir una experiencia de desierto. No que nos retiremos a un lugar deshabitado necesariamente, sino que en nuestro ambiente vivamos una experiencia de desierto.

¿En qué consiste esa experiencia? Pensemos en el lugar. En el desierto no hay nada. Ese vacío lleva a preguntarnos qué es lo que realmente necesitamos en nuestras vidas, qué es lo esencial de nuestra existencia. Esa es la experiencia que debemos vivir. Ante las preguntas que nos hagamos podremos descartar muchas cosas. Quizá concluyamos que lo único que requerimos para sobrevivir es el alimento. Pero frente a esa conclusión, el Evangelio nos dice que Jesús “pasó cuarenta días y cuarenta noches sin comer”.

Evidentemente quien no come muere. Jesús no lo hizo para morir de inanición, sino para enseñarnos que hay algo más esencial en nuestra vida que el alimento, y eso es Dios. Así lo expresa en la última frase del pasaje que leímos: “Adorarás al Señor, tu Dios, y a él sólo servirás”. Esa es la razón de nuestra existencia. Por eso este es el primero y el más importante de los mandamientos.

La experiencia de desierto a la que nos invita la Iglesia tiene el fin de que recordemos que Dios es lo más importante, que adorarlo y servirlo es nuestra razón de ser. Ante el diario devenir con sus alegrías, tristezas, preocupaciones y deseos, la Cuaresma es un tiempo fuerte, un tiempo que busca causarnos un impacto para que recordemos que Dios es lo verdaderamente transcendental.

El desierto es el lugar opuesto al jardín repleto de “toda clase de árboles, de hermoso aspecto y sabrosos frutos”, del que nos habló la primera lectura. Pero más allá del lugar, la verdadera diferencia que encontramos entre el pasaje del Génesis y el del Evangelio, está en la actitud de los protagonistas de uno y otro relato. Adán se dejó seducir por el tentador, mientras que Jesús venció a la tentación.

Frente a las actuales campañas de publicidad que usan las palabras ‘seducción’, ‘tentación’ y ‘desobediencia’ de forma positiva, para captar nuestra atención y hacernos consumir, la liturgia de hoy nos enseña que la victoria está en la obediencia. Es muy claro san Pablo en la segunda lectura al explicar que “así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos”.

No nos dejemos engañar por los espejismos. Jesús nos enseña que la obediencia al mandato de adorar y servir a Dios debe triunfar sobre la ira, la soberbia, la avaricia, la envidia, la lujuria, la gula y la pereza que tiran de nosotros para llevarnos a otro lugar.

La Cuaresma es desierto y es camino. Es un camino que nos conduce a la Pascua. Al inicio de la Pascua, quienes vayan a ser bautizados renunciarán a Satanás y a sus tentaciones. Los ya bautizados renovaremos esta renuncia. Pidámosle al Señor que nos ayude a que la experiencia de desierto nos ayude no solo decir que renunciamos, sino a desistir realmente del pecado.

Para hacer efectiva esta renuncia en cada ocasión tenemos la enseñanza de Jesús. Fijémonos como le responde a Satanás cada vez que lo tienta. En las tres ocasiones respondió citando la Escritura. Es por eso que es importante que leamos la Palabra de Dios.

En el pasaje del Evangelio que leímos Jesús presenta la Palabra de Dios como alimento, y la compara con el pan. Hay que decir que comer es algo muy importante. Necesitamos el alimento para existir. Dios lo sabe, y

por eso nos lo provee. Sin embargo, como le responde Jesús a Satanás, “no solo de pan vive el hombre”.

Por eso la Iglesia nos invita a ayunar en este tiempo, a imagen de Jesús que, al privarse de tomar alimento “consagró la práctica de nuestra penitencia cuaresmal”, como dice el prefacio que hoy rezaremos. Hay que señalar que esta práctica no tiene como finalidad que sintamos hambre por sentir hambre, sino que descubramos el otro alimento esencial, que es la Palabra de Dios, y que es el arma con la que podemos vencer a la tentación.

Propongámonos leer unos minutitos de cada día la Biblia. Leemos unos versículos y nos quedamos en silencio meditándolos. Sacaremos muchas fuerzas de eso para vencer las asechanzas diabólicas.

A Santa María, la limpia de pecado, le pedimos que nos ayude a alimentarnos de la Palabra de Dios para que, frete a la tentación, como dijimos en el salmo, el Señor abra nuestros labios y nuestra boca cante su alabanza.

II domingo de Cuaresma

“Su rostro se puso resplandeciente como el sol”

Se puso así porque Jesús es el sol que nace de lo alto, que “ha hecho brillar la luz de la vida”, como escuchamos en la segunda lectura. Es por ello que un símbolo de Cristo es el cirio pascual que veremos en la Pascua.

En la Vigilia Pascual se enciende el cirio fuera del templo y es llevado en procesión. Esa procesión es preparada por otras que la Iglesia recomienda hacer en Cuaresma, como símbolo de que este tiempo es un caminar. Es el dejar nuestro país, como escuchamos que hizo Abram en la primera lectura. Nuestro país somos nosotros, nuestros pecados, nuestras comodidades. Estamos dejando ese país para ir a Jesús, la tierra que el Padre nos ha mostrado al decirnos en el Evangelio “Este es”.

Volvamos a la Vigilia Pascual. La procesión entra en el templo, y destaca especialmente la luz del cirio, pues la iglesia se encuentra a oscuras. Una vez dentro, todos los fieles encienden las velas que portan con el fuego del cirio. Es un símbolo de que la vida y la fe nos vienen de Cristo.

Decíamos que el templo se encuentra a oscuras al inicio de la Vigilia Pascual. Una antigua tradición de la iglesia es apagar las luces de la iglesia antes de esa celebración, mientras se reza la Liturgia de las Horas. Al inicio de este rezo se encuentra en el presbiterio un candelero con velas encendidas. Terminando cada salmo se apaga una vela y, al final del oficio, queda el templo sumido en las tinieblas. Ese es símbolo de cómo la luz de la fe y de la esperanza se apaga ante a la adversidad, ante a la cruz.

Como Jesús conoce nuestra debilidad humana, y sabía que el fuego de la fe se apagaría con los vientos del Gólgota, quiso mostrar su gloria en la transfiguración, iluminando a sus discípulos con su luz, de forma que pudieran conservar los rescoldos de la esperanza en su resurrección ante la adversidad que se avecinaba.

Por eso hoy que lo acompañamos en el Tabor, pero viendo el Calvario, le pedimos al Señor que no permita que nuestra luz se apague, que nos ayude a caminar como hijos de la luz, para que, perseverando en la fe, podamos salir al encuentro del Esposo, cuando venga al final de los tiempos.

¿Y qué podemos hacer nosotros para que no se apague nuestra lámpara? Permanecer junto al fuego del amor de Jesús, de donde se nutre nuestra luz. Así, cada vez que se extinga o que corra el peligro de sofocarse, obtendremos más luz de la fuente misma.

¿Y cómo estar cerca de la luz del amor? Frecuentando los sacramentos, en donde encontramos realmente a Jesús. También estamos cerca de la luz orando. Jesús te invita a ti, junto con Pedro, Santiago y Juan para que lo acompañes en la oración. La oración es diálogo con el Señor. Diálogo no solo es que hable uno. Es un intercambio. Sigamos lo que nos pide el Padre en el Evangelio y escuchemos a su Hijo amado. Leamos un fragmento de la Escritura y meditémoslo en silencio, para dejar que Dios nos hable. Algo tiene que decirte a ti especialmente.

Le pedimos a Santa María que interceda para que estemos siempre de su Hijo que es la luz que es nuestra esperanza, nuestra ayuda, nuestro amparo, quien nos salva de la muerte y quien nos da vida en épocas de hambre, como dijimos en el salmo.

III domingo de Cuaresma

“Dame de beber”

Es la petición que le hace Jesús a la mujer samaritana porque “venía cansado del camino”. Encontramos aquí un signo de que verdaderamente era hombre, y un preludio de su pasión cuando, desde la cruz, expresó que tenía sed (Jn 19, 28).

La sed de Jesús era física. Pero, además, Jesús tenía una sed espiritual. Como diremos más adelante en el prefacio, Jesús estaba sediento de la fe de aquella mujer. Y no solo de la fe de la samaritana, sino de la tuya y de la mía. Sí, Dios tiene sed de nuestra fe y de nuestro amor.

Jesús está sediento y nosotros podemos preguntarnos, ¿cómo puedo darle de beber?, ¿de dónde sacaré el agua? La respuesta es: de Dios.

El agua es el elemento elemento básico y condición fundamental de toda vida. Por eso, es un signo del Espíritu Santo, el dador de vida, como decimos en el Credo. Es del Paráclito de donde obtendremos el amor, el agua que nos pide Jesús.

Podemos encontrar agua en muchos lugares. Hoy hemos escuchado dos en concreto: el pozo y el manantial. Un pozo presenta dificultades para sacar agua, como le explicó la samaritana a Jesús: es profundo y se necesitan instrumentos que permitan extraerla. Esas dificultades no las tiene un manantial, pues de éste simplemente brota el agua. El Espíritu Santo es el manantial que está dentro de nosotros, que somos su templo (1 Cor 6, 19), y que nos da vida. Jesús es quien nos da al Paráclito.

Escuchamos en la segunda lectura que Dios ha infundido su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que él mismo nos ha dado. Así pues, Dios mismo nos da el agua de su amor para que lo amemos y así saciemos su sed.

Jesús entabló un diálogo con esa mujer. Tras conversar con el Maestro, la samaritana fue la sedienta. Ocurrió una transformación: quien

iba a dar de beber queda con sed del que estaba sediento. Lo mismo nos pasa a nosotros, que cuando Dios nos pide que le demos de beber nuestro amor, nos damos cuenta que necesitamos de su amor.

Ahora nosotros somos los sedientos, los que, como la cierva, buscamos las corrientes del agua (Sal 41). Y el Señor nos dice que vayamos a las aguas para beber con alegría (Is 55, 1).

Así como escuchamos en la primera lectura que Moisés golpeó una peña en Horeb, y de ahí salió agua para que bebiera el pueblo de Israel, de la piedra que es Jesús (Hch 4, 11), de su costado, brotó agua (Jn 19, 34) para que nosotros bebamos y no tengamos nunca más sed, como leímos en el Evangelio.

El agua nos evoca al Bautismo. Por eso se lee este pasaje en Cuaresma, un tiempo que surgió como itinerario de preparación a la iniciación cristiana que tenía lugar en la Vigilia Pascual.

Nosotros, los ya bautizados, podemos pensar en si hemos hecho algo por acercar a alguien a las aguas bautismales. Recordemos que el Evangelio narra que la mujer se fue al pueblo a contar lo ocurrido, y muchos samaritanos creyeron en Jesús y le pidieron que se quedara con ellos.

¿Hemos predicado el Evangelio con nuestras palabras y con nuestras acciones para acercar al amor de Cristo a otras personas? ¿Hemos hecho algo para que otras personas acudan al manantial de la vida nueva, que es el Bautismo, para sofocar la sed espiritual que solo Dios puede saciar?

Del costado de Cristo, el Cordero, sale el río de agua resplandeciente (Ap 21, 1) y brota sangre. Como nos recuerda el prefacio del Sagrado Corazón, el agua y la sangre son los sacramentos de la Iglesia.

En esta Cuaresma podemos azeccarnos a beber del amor de Dios en la Penitencia. Confesarnos supone reconocer nuestros pecados ante Jesús, que ya los sabe, como supo el adulterio de la samaritana. Pero no solo es reconocerlos, sino también arrepentirnos y cambiar para hacer la voluntad de Dios, pues eso es alimento, como les explicó Jesús a sus discípulos en el pasaje evangélico que leímos.

También podemos beber de Dios en la Eucaristía, en donde Jesús se nos da como verdadera bebida (Jn 6, 55). Aunque recibamos lo que en apariencia es un pan, en realidad recibimos a Jesús con su cuerpo, sangre, alma y divinidad. El alimento eucarístico es el que permite que tengamos vida en nosotros (Jn 6, 53), porque Cristo, que es la Vida (Jn 14, 6), se encuentra realmente dentro de nosotros.

De María Santísima brotó aquél de cuyo costado brotarían los sacramentos. A su intercesión acudimos para que esta Cuaresma nos llenemos de agua, nos llenemos del amor de Dios, y podamos ofrecersela al crucificado sediento, en vez del vinagre de nuestra indiferencia.

IV domingo de Cuaresma

“Maestro, ¿quién pecó?”

El relato inicia hablando del pecado. El pecado no solo es objeto del cuestionamiento inicial del pasaje que hemos leído, sino de la historia de la humanidad, como recordamos el primer domingo de Cuaresma, al leer la desobediencia de nuestros primeros padres.

El pecado no es causa de la ceguera física, afirma Jesús para responder a sus discípulos. Sin embargo, el pecado sí nos introduce en las tinieblas, como dice san Pablo en la segunda lectura. Necesitamos de la luz de Cristo que nos saque de esa oscuridad.

Hay una contraposición entre el pecado y la gracia redentora. El pecado es oscuridad. Por contrapartida, la gracia es luz. La liturgia de este domingo quiere explicarnos esa característica de la gracia bautismal que produce mucha alegría. Por eso este día se conoce como el “domingo alégrate”, tomando las palabras de la antífona de entrada.

Veamos esta catequesis bautismal.

Al final del relato evangélico, Jesús le pregunta al antiguo ciego: “¿Crees tú en el Hijo del hombre?”. La pregunta sobre la fe es necesaria para el Bautismo. Todos los que van a bautizarse deben responderla afirmativamente antes de recibir el sacramento, ya sea ellos mismos o a través de sus padres y padrinos. Esta profesión de fe es la respuesta libre del hombre a la iniciativa de Dios que se revela. Es la inclusión en la cadena de creyentes que se remonta a los mismos discípulos.

Narra el Evangelio que leímos que, para curar, Jesús tomó lodo. Eso nos recuerda la creación, en que Dios formó al hombre con lodo. Es una imagen de los efectos del Bautismo, pues a través de este sacramento somos vueltos a crear, volvemos a nacer (Jn 3, 3). Después del Bautismo somos hombres y mujeres nuevos, porque nacimos a la vida de la gracia.

Tras untarle el lodo, Jesús le pidió al ciego que se lavara en una piscina. Es el pastor que conduce a fuentes tranquilas, como dijimos en el salmo. A una fuente también nos lleva a nosotros, en el Bautismo, para lavarnos.

Físicamente se nos introduce en el agua, pero en realidad somos introducidos en la Trinidad. Mientras se hace la triple inmersión infusión, el ministro dice: “Yo te bautizo en el nombre...”. No dice “en nombre de”, como cuando se expresa que se habla en lugar de alguien. Dice “en el”, que es una expresión usada para referirnos a un lugar, como al decir “estoy en el patio”. Así pues, en el Bautismo se nos introduce en la Trinidad. Nos incorporamos a Cristo, volviéndonos hijos de Dios por el Espíritu Santo y podemos participar de la vida trinitaria.

En el salmo escuchamos que el pastor unge la cabeza. En la primera lectura leímos que Samuel llenó su cuerno de aceite, con el que ungió a David. Es una prefiguración de Jesucristo pues la palabra “Cristo” significa “Ungido”. En el Bautismo somos incorporados a Cristo (Rom 6, 3). Es por ello que, tras la infusión del agua, a los bautizados se les unge la cabeza con el crisma para simbolizar que somos parte de Cristo Sacerdote, Profeta y Rey.

Escuchamos en el Evangelio que Jesús afirmó que él es la “luz del mundo”. La luz ilumina. Así, al acercarnos Cristo en el Bautismo somos iluminados. Por ello, a ese sacramento también se le ha llamado iluminación. Eso se simboliza con la entrega de una vela encendida en el cirio pascual al neófito que se acompaña con las palabras: “Recibe la luz de Cristo”.

Como escuchamos en la segunda lectura, todo lo que es iluminado por la luz se convierte en luz. Por eso los santos, los que se identificaron con Cristo, son representados en el arte con una aureola, con el rostro iluminado, como también se representa a Jesús. Los santos son los que perseveraron con la luz de Cristo encendida. Nosotros no queremos que se apague esa luz, y le pedimos al Señor que nos ayude a perseverar en la fe.

En la Vigilia Pascual, que renovamos nuestro bautismo, encenderemos una vela en el cirio pascual, como señal de que queremos volver a abrazar a Jesús, del que nos hemos apartado por el pecado. Con la vela encendida renovaremos la profesión de fe bautismal.

Los ya bautizados le pedimos hoy al Señor que esa renovación no sea meramente simbólica. Que las prácticas cuaresmales nos ayuden a hacerlo de corazón. Que nos levantemos de la muerte del pecado para que Cristo sea nuestra luz, como escuchamos en la segunda lectura.

En este domingo pueden usarse vestiduras litúrgicas rosas. Se dice que ello se debe a que este día los papas acostumbran bendecir una rosa de oro para enviársela a alguna advocación mariana. Le pedimos a Santa María su intercesión para que en esta Cuaresma se abran los ojos de nuestra fe, para que volvamos a buscar lo que es agradable al Señor para poder vivir en su casa por años sin término.

V domingo de Cuaresma

“Jesús se puso a llorar”

El pasaje del Evangelio nos presenta así a Jesús como verdadero hombre, que se conmueve profundamente. Instantes después, como diremos en el prefacio, nos lo presenta como verdadero Dios, pues hace salir su amigo del sepulcro.

Entre la muerte y la resurrección de Lázaro, Jesús habla con Marta y le pide que confiese su fe, asegurándole que todo el que crea en él no morirá. Antes de bautizarnos confesamos nuestra fe en Jesucristo. Lo hicimos nosotros mismos o a través de nuestros padres y padrinos.

Una vez confesada la fe, el agua de la fuente bautismal corrió por nuestro cuerpo. Los Padres de la Iglesia decían que la fuente bautismal era sepulcro y útero. Sepulcro, porque ahí moríamos al pecado. Y útero porque abre la puerta a la vida de la gracia.

¿Qué es la vida de la gracia? De forma muy sencilla podemos decir que es ser amigos de Jesús. Los cristianos no seguimos una idea, sino a una persona, Jesucristo, que se hizo hombre para que podamos entablar una amistad con él, como lo hicieron Marta, María y Lázaro.

Si somos sus amigos, Jesús llorará nuestra muerte y, como a Lázaro, nos hará resucitar el último día. Esa resurrección no será como la de Lázaro, que simplemente recobró la vida. Resucitaremos como Jesús, la primicia entre los resucitados (1 Cor 15, 20), es decir, resucitaremos con un cuerpo glorioso como el suyo (Col 3, 4).

Resucitando a su amigo, Jesús cumple la profecía que escuchamos en la primera lectura: el Señor Dios vino a la tierra, abrió los sepulcros y sacó de ellos a los muertos. Pero, a su vez, hizo otra profecía que se cumplirá en nosotros: que no moriremos para siempre. Eso lo explica san Pablo en la segunda lectura al decir, que el Padre que resucitó a Jesús de entre los

muertos, también dará vida a nuestros cuerpos mortales, por obra de su Espíritu.

A dos semanas de celebrar la Pascua, reflexionamos esta verdad central de la fe, que afirmamos cada vez que decimos el Credo: creo en la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Es decir, creemos que nos uniremos a la Pascua de Jesús, porque moriremos y resucitaremos con Cristo, en Cristo y por Cristo. Creemos que, como a Lázaro nos dirá “Sal de allí”. Esa es la esperanza cristiana.

Volvamos al pasaje del Evangelio. Marta había confesado su fe, había dicho que creía firmemente que Jesús era el Mesías. Sin embargo, cuando el Maestro pide que quiten la losa, Marta pone un reparo: el hedor. Jesús le responde “¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?”

Como Marta, nosotros, después de hacer la profesión de fe bautismal, no hemos vivido lo que aceptamos. Hemos pecado de muchas formas. Por ello, debemos recuperar a vida de la gracia mediante la confesión, sabiendo que del Señor procede el perdón, como dijimos en el salmo.

Jesús te dice a ti hoy, y me dice a mi también que salgamos de ese lugar de muerte y de hedor que es el pecado. El Señor está siempre dispuesto a quitar la piedra de la tumba de nuestros pecados, que nos separa de él, la luz de los vivientes. A unos días de iniciar la Semana Santa nos invita a acercarnos al sacramento de la Reconciliación, para vivir los días santos como amigos del Crucificado y del Resucitado.

En el Evangelio que leímos Jesús dice: “Yo soy la resurrección y la vida”. No afirma que él tiene vida, sino que él es la vida. Sabiendo que Jesús está presente en la Eucaristía, tenemos la posibilidad de alimentarnos en la fuente de la vida, en el Pan de Vida. Los Padres de la Iglesia llamaron a la Eucaristía “medicina de inmortalidad”, porque ahí estamos en contacto, en comunión, con el cuerpo resucitado de Cristo.

Cuando comulgamos, la Vida vive en nosotros. Como habitó en el seno de Santa María, nuestra madre. A su intercesión acudimos pidiéndole que nos ayude a profundizar en la amistad con su Hijo para que en la

próxima Semana Santa lloremos la muerte de nuestro amigo, que murió para que no muramos; y nos alegremos de la resurrección de nuestro amigo, que resucitó para que resucitemos por él, con él y en él.

Domingo de Ramos en la Pasión del Señor

“Verdaderamente éste era Hijo de Dios”

Dijo el oficial encargado de la ejecución, como hemos escuchado al casi al final del relato de la Pasión. Un soldado que seguramente había asistido a distintas muertes, en el momento en el que la oscuridad cayó sobre ese viernes único hizo una profesión de fe que tu y yo hoy repetimos, pero en presente: el crucificado es el Hijo de Dios.

Hemos revivido, en lo profundo de nuestro corazón, el drama de Jesús, cargando el dolor, el mal y el pecado de la humanidad. ¿Que queda ahora ante nuestros ojos? Queda una cruz sobre el Gólgota, que parece señalar la derrota definitiva de aquél que había dicho ser la luz, y que había dicho ser la vida.

Pero miremos bien esa cruz que está entre la tierra y el cielo. Contemplémosla con una mirada más profunda, y descubriremos que la cruz es signo luminoso de la vida. Es el signo del amor, de aquello que jamás habríamos podido pedir, imaginar o esperar: Dios se ha inclinado sobre nosotros, se ha abajado hasta llegar al rincón más oscuro de nuestra vida para tendernos la mano y alzarnos hacia él.

La cruz nos habla de la fe en el poder del amor; a creer que, en cada situación de nuestra vida, de la historia, del mundo, Dios es capaz de vencer la muerte, el pecado, el mal, y darnos una vida nueva, resucitada. En la muerte en cruz del Hijo de Dios, está el germen de una nueva esperanza de vida, como el grano que muere dentro de la tierra.

Hemos acompañado a Jesús en el recorrido del último trecho de su camino terrenal, el más doloroso. Hemos escuchados el clamor de la muchedumbre, las palabras de condena, las burlas de los soldados y las últimas palabras de Jesús. Ahora es tiempo del silencio orante que nos ayudará a vivir mejor al Triduo Pascual.